

LVI LEGISLATURA



CAMARA DE DIPUTADOS

OFICIALIA MAYOR

DIRECCION GENERAL DE PERSONAL

Inscríbese
con

LETRAS

DE

ORO ...

XII



OFICIALIA MAYOR
DIRECCION GENERAL DE PERSONAL

**Inscríbese
con
LETRAS
DE
ORO ...**

XII

Leer las inscripciones que figuran en los muros de honor del Salón de Sesiones de la Cámara de Diputados, es hacer un recorrido a través de la historia de México.

*Las inscripciones de **Cuauhtémoc**, a los **Heroicos Defensores de Cuautla en 1812**, **Ignacio Manuel Altamirano** y **Aquiles Serdán**, corresponden a hombres que participaron en diversos capítulos de la vida de nuestro país: Conquista, Independencia, Reforma, Intervención Francesa, Imperio y Revolución, fueron etapas cruciales que tuvieron como común denominador la profunda vocación libertaria de esta nación.*

Se presentan en este folleto, XII de la serie “Inscríbase con letras de oro...”, dirigido a los trabajadores de la Cámara de Diputados, datos biográficos de esos tres hombres y una síntesis del brillante episodio histórico de Cuautla en 1812, ejemplos de heroísmo y sacrificio del pueblo de México.

CUAUHTEMOC

(1502-1525)

**Diario Oficial,
26 de enero de 1950**

**“El Congreso de los Estados Unidos Mexicanos,
decreta:**

**Artículo Unico. Inscríbese con letras de oro, en los
muros del Salón de Sesiones de la Cámara de
Diputados del H. Congreso de la Unión,
el nombre de Cuauhtémoc”.**

Nació en Tenochtitlán en 1502, fue hijo del octavo emperador azteca Ahuízotl y la princesa tlutelolca Tilalcápatl (otras versiones señalan que su madre era una princesa chontal y ubican el año de 1496 como el de su nacimiento). Su nombre significa “águila que desciende”. Como correspondía a su sangre real fue educado en el “calmecac”, establecimiento educativo, exclusivo y riguroso. Ahí recibió educación militar y religiosa; fue instruido en la obediencia, la

laboriosidad, la devoción a los dioses y la sobriedad; los métodos de enseñanza eran duros y no pocas veces crueles. Endureció su cuerpo en las prácticas más severas; durmió en el suelo para mortificar la carne, padeció ayuno y permaneció en vigilia para observar el tránsito de las estrellas. Alcanzó el grado de “tlacatecuhtli” (oficial militar de alto rango).

En el año 1 Acatl (1519), Hernán Cortés y sus huestes tocaron suelo mexicano, el emperador Moctezuma, creyendo cumplida la profecía de Quetzalcóatl, entregó la ciudad de Tenochtitlán a los españoles. Sólo unos cuantos, especialmente Cuauhtémoc y Cuitláhuac, no creyeron en la supuesta divinidad de los intrusos. Seis días después de su arribo a la capital azteca, Cortés hizo detener a Moctezuma y a Cuitláhuac; y ordenó a la soldadesca iniciar el pillaje saqueando los templos y palacios.

En mayo de 1520, al llegar noticias del desembarco de Pánfilo de Narváez en Veracruz, quien llegaba con la orden de apresar a Cortés y llevarlo a Cuba, éste se dirigió de inmediato a la costa para detenerlo, dejando a Pedro de Alvarado al frente de la guarnición de Tenochtitlán. Alvarado arremetió contra los representantes de la nobleza reunidos en el Templo Mayor y consumó una bárbara matanza, lo cual provocó la sublevación popular. Los tenochcas atacaron a los españoles quienes quedaron sitiados por la indignada multitud. Cuauhtémoc al frente de un ejército avanzó desde Tlatelolco, arrolló a Diego de Ordaz que le salió al paso con 400 arcabuceros y

ballesteros y desbandó a la tropa de Cortés, quien regresaba de someter a Narváez. Las embestidas indígenas arreciaron durante los días siguientes y Cortés exigió a Moctezuma que restableciera el orden. Cuando desde arriba del Palacio de Axayácatl el emperador pidió a su pueblo sumisión ante los invasores, de entre la multitud surgió la voz de Cuauhtémoc quien le increpó y llamó a la desobediencia, con lo cual se inició la pedrea que hirió a Moctezuma. Poco después moriría el emperador, mientras los invasores continuaban sitiados. Ante esa situación, Cortés optó por huir, desde luego llevando consigo el botín, lo que dificultó sus movimientos y fue objeto de una severa derrota, en la cual se dice que Cuauhtémoc tuvo una importante participación. Los españoles primero se refugiaron en Tlaxcala y luego en Texcoco. A los 18 ó 24 años, ya señor de Tlatelolco, sacerdote del culto a Huitzilopochtli y caballero águila, Cuauhtémoc asumió el mando de los ejércitos aztecas al ascender Cuitláhuac al trono en junio de 1520. Al frente de sus fuerzas, frustró el intento de Cortés de apoderarse de la capital mexicana. Sin embargo, un elemento no militar intervino en favor de los conquistadores: entre septiembre y noviembre, durante el breve reinado de Cuitláhuac, se produjo una epidemia de viruela que duró setenta días y mató, según algunos historiadores, a tres y medio millones de indígenas, habitantes de Tenochtitlán y de otras poblaciones del altiplano. En diciembre de ese año murió Cuitláhuac a consecuencia de la

epidemia y Cuauhtémoc, sin ceremonia alguna, asumió el poder.

Resuelto a pelear contra los españoles, desplegó gran actividad diplomática tratando de ganar aliados entre sus antiguos vasallos, a los que prometió no cobrar más tributo en tanto les advertía del peligro que significaba para ellos la caída de Tenochtitlán, ciudad que fortificó en espera del ataque de Hernán Cortés, quien contaba con más de 80 mil hombres, en su mayoría indígenas aliados.

Cortés sitió la capital por agua y tierra a partir de enero de 1521, pero pese a las precarias condiciones de los sitiados, sin alimentos y sin agua potable, la ciudad llena de cadáveres y de sobrevivientes ciegos a causa de la viruela, la rápida victoria que esperaba Cortés se convirtió en una feroz batalla casa por casa, en la cual los diezmados tenochcas, al mando de su emperador, rechazaron las cargas de artillería que enviaba Cortés. Coronado formalmente, Cuauhtémoc nunca aceptó las demandas de rendición que le hizo llegar el invasor. En mayo se produjo otro ataque masivo, pero de nuevo los europeos fueron rechazados. Al mes siguiente Cortés consiguió, por poco tiempo, llegar hasta el Templo Mayor. Sin agua, sin alimentos, en medio de los muertos por sucesivas epidemias y con gran parte de sus guerreros ciegos por la viruela, Cuauhtémoc optó por replegarse a Tlatelolco, hasta donde lo acosaron los conquistadores, adueñados ya de Tenochtitlán a fines de julio. El

13 de agosto de 1521, con el territorio azteca reducido a unos cuantos metros cuadrados, el emperador y un grupo de leales trataron de ponerse a salvo, pero fueron aprehendidos y encarcelados.

Cortés mandó recoger todo el oro, plata y joyas que había en los templos y en las casas, pero los conquistadores no se conformaron con lo obtenido. Presionado Cortés por su soldadesca, acusó a Cuauhtémoc de ocultar el “tesoro de Moctezuma”, por lo cual fue apremiado para que confesara el lugar donde se encontraba el tesoro. Sea que no existiese o que no quisiera hacerlo, se negó a confesar y los enfurecidos españoles determinaron darle tormento.

Así Cuauhtémoc y el señor de Tacuba, fueron torturados quemándoles los pies con aceite hirviendo. Cuauhtémoc soportó el tormento con inquebrantable serenidad, pero no así su compañero que comenzó a quejarse débilmente; ante lo cual Cuauhtémoc le dijo sonriendo: “¿Estoy yo acaso en un deleitoso baño?”

El caudillo mexica quedó inválido y, al igual que otros dignatarios indígenas, fue dejado como señor de Tlatelolco, para auxiliar a los conquistadores en funciones judiciales y administrativas, especialmente en la recaudación de tributos.

El temor de Cortés a que encabezara un levantamiento lo hizo llevarlo consigo en su expedición a las Hibueras, en la que decidió asesinarlo para lo cual ordenó que el jefe azteca fuera ahorcado.

Se ubica la fecha de su muerte el 28 de febrero del año de 1525, se desconocen el lugar exacto de su muerte y dónde se hallan sus restos. Algunos autores señalan como lugar de la ejecución Izancánac del hoy Petén, Guatemala y otros Teotitlac, Honduras. Aun cuando la vida del último emperador azteca transcurrió muchos años antes de que nuestro país se conformara como nación independiente, Cuauhtémoc es considerado representante y defensor de la más profunda mexicanidad, símbolo del heroísmo y la resistencia nacional ante el invasor.

HEROICOS DEFENSORES DE CUAUTLA EN 1812

**Diario Oficial,
6 de febrero de 1963**

**“El Congreso de los Estados Unidos Mexicanos,
decreta:**

**Artículo Unico. Inscríbase con letras de oro, en los
muros del Salón de Sesiones de la Cámara de
Diputados del H. Congreso de la Unión, la
leyenda: ‘A los Heroicos Defensores
de Cuautla en 1812’ ”.**

Cuando José María Morelos y Pavón se enteró de la rebelión iniciada por su maestro, Miguel Hidalgo y Costilla, en el pueblo de Dolores la madrugada del 16 de septiembre de 1810, decidió unírsele y después de una entrevista en el pueblo de Indaparapeo, el 20 de octubre de ese año, Hidalgo le extendió el siguiente nombramiento: “Por la presente, comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Br. D. José María Morelos,

cura de Carácuaro, para que en la costa del sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado”. Morelos inicia a partir de ese momento una nueva vida y una nueva carrera. Organizó un ejército integrado con gente salida del pueblo, que sin ninguna experiencia, a fuerza de constancia adquirió disciplina. La carrera militar de Morelos constó de cuatro campañas y aunque fueron muchas las acciones en las que el jefe insurgente demostró ser superior a los comandantes realistas, a pesar de que casi todos eran militares de carrera es, sin lugar a dudas, en el sitio de Cuautla donde quedó demostrado el genio militar de Morelos y la decisión de todos los que con él resistieron sin dejarse vencer.

Después de la muerte del Padre de la Patria, el 30 de julio de 1811, Morelos surge como la figura militar y política más sobresaliente de la Guerra de Independencia. Fue por ello que el virrey, Francisco Javier Venegas de Saavedra, giró órdenes precisas a Félix María Calleja para que lo combatiera.

A principios de 1812, Morelos había obtenido una importantísima victoria en Tenancingo al derrotar al jefe realista Porlier, a quien le arrebató toda su artillería y le obligó a retirarse, diezmado, hasta Toluca. Después de esta victoria y ante la proximidad del ejército de Calleja, Morelos salió para Cuautla, a donde llegó el 9 de febrero de 1812, habiendo ocupado a su paso Cuernavaca y las haciendas vecinas.

El plan español consistía en atacar simultáneamente las plazas de Taxco, Izúcar y Cuautla, principales puntos ocupados por las fuerzas del Caudillo, a fin de evitar que Morelos reuniera sus tropas en un solo sitio; sin embargo, por no contar con los elementos necesarios decidieron marchar sobre Izúcar y Cuautla, únicamente. El 10 de febrero Calleja inició su marcha sobre Cuautla, estableciendo su avanzada en Chalco, de donde, sin combatir, se retiraron las fuerzas insurgentes. El 17 de febrero las tropas virreinales acamparon en Pasulco, a 10 kilómetros de Cuautla. Morelos contaba con mil soldados de infantería y dos mil de caballería, divididos en las brigadas de Hermenegildo Galeana, Leonardo Bravo y Mariano Matamoros, más trescientos hombres que le envió la Junta de Zitácuaro y mil indígenas de los pueblos aledaños que hacían labores de apoyo. Los realistas a su vez eran mucho más numerosos y podían moverse con toda libertad en las amplias llanuras que rodean la población.

Después de las operaciones de reconocimiento hechas por Calleja, éste decidió acercar su campamento a sólo dos kilómetros de Cuautla, en Cuautlixco. El día 18 Calleja empezó a moverse para buscar un punto por donde iniciar el ataque, pero Morelos salió a batir a caballo la retaguardia realista, produciéndose un cambate en el que estuvo a punto de caer prisionero.

Al amanecer del día siguiente, Calleja asaltó Cuautla organizando su ejército en cuatro columnas.

Morelos se encontraba listo para resistir la acometida realista y había encargado a Galeana la defensa del Fuerte de San Diego, a Leonardo Bravo lo situó en Santo Domingo y a Mariano Matamoros y Víctor Bravo en la Hacienda de Buenavista. El ataque español tuvo como objetivo la captura del Fuerte de San Diego, fracasando en su intento debido al valor inigualable de Galeana y sus huestes y el auxilio que les prestaron los defensores de la trinchera noroeste, la cual estuvo a punto de ser ocupada por los españoles pero fueron detenidos por el niño Narciso Mendoza, quien al disparar un cañón abandonado llamó la atención de los insurgentes hacia ese lugar, a donde acudieron cargados de ímpetu, logrando rechazar a los españoles, éstos fueron detenidos en otros puntos durante las seis horas que duró el combate, hasta que Calleja ordenó la retirada, dejando tras de sí 200 muertos. Fue entonces cuando decidió poner sitio a Cuautla.

El éxito obtenido levantó enormemente la moral a las fuerzas insurgentes, las cuales se dedicaron a aprovechar el tiempo en perfeccionar sus posiciones, Morelos aspilleró las casas, mejoró las barricadas, los caminos, bocacalles; construyó parapetos y abrigos de adobe en las azoteas. Hizo salir a la caballería considerando que no le sería útil conservarla encerrada y sí podría molestar a la retaguardia enemiga y asegurarle los abastecimientos dejándola libre. Hizo cavar pozos para proveerse de agua y organizó a algunos de sus elementos para que repararan los

destrozos que la artillería enemiga había causado en sus posiciones.

Calleja, mientras tanto, había recibido el refuerzo de la División de Puebla y organizó las obras formales del asedio. A partir del 10 de marzo y por cuatro días consecutivos, Cuautla sufrió el fuego de la artillería realista, sin que sus defensores abandonaran una sola posición, pues por medio del servicio que había organizado Morelos, las brechas abiertas por la artillería eran reparadas de inmediato. Ante el doble fracaso del asalto y el bombardeo, no quedaba sino prolongar el sitio. Cortado el abastecimiento de agua, los sitiados la tomaron, hasta agotarla, de los pozos y aljibes, y luego atacaron a los realistas en la presa de Juchitengo, para dejarla correr, y fortificaron el sitio. Los alimentos, a su vez, se fueron acabando, sin que ninguna de las guerrillas que merodeaban en el exterior pudiera proporcionárselos. El 21 de abril, Matamoros hizo una temeraria salida y aunque pudo reunir un convoy de víveres y parque, no pudo introducirlo. A fines de abril la situación de Morelos había llegado a su último extremo de resistencia; llevaba ya setenta días de sitio.

Calleja, conociendo la situación y creyendo llegado el momento, envió el primero de mayo un ofrecimiento de indulto que nadie aceptó y, considerando que la situación insostenible de Morelos lo obligaría a intentar una salida desesperada, ordenó que permanecieran los caballos ensillados y prontas sus tropas a entrar en acción y esperó.

Tal como Calleja había supuesto, el día 2 de mayo, Morelos decidió romper el sitio para impedir que las fuerzas realistas obtuvieran el triunfo de rendirle la plaza y tratando de salvar aunque fuera parte de su ejército. Este movimiento se inició a las dos de la mañana en completa oscuridad, haciéndolo tan cuidadosamente que a pesar de que los españoles estaban sobre aviso no se percataron de la iniciación del movimiento. Los insurgentes empezaron a salir con todo sigilo, siguiendo el cauce del río, hasta que tuvieron que disparar para abrirse paso. La ruptura del sitio se hizo entonces a sangre y fuego. Por la alarma producida por los disparos y el fragor de la lucha, pronto se dieron cuenta los realistas de la verdadera situación y acudieron a contener a los insurgentes. El resultado de este encuentro fue que la caballería española desbarató la columna insurgente y sembró el desorden; la retaguardia de Morelos se batió con brío pero fue arrollada y los civiles que marchaban con el grueso de la tropa, al desbandarse tratando de ponerse a salvo, sembraron la confusión y el pánico. Las bajas fueron numerosas, Morelos mismo estuvo a punto de caer prisionero, salvándose gracias al valor de su escolta que se sacrificó. Los insurgentes fueron desbandados por completo y Cuautla quedó en poder de Calleja, presentando tal grado de miseria que en sólo un mes perecieron 500 hombres a consecuencia de las enfermedades y el hambre que habían sufrido durante el sitio.

Cuatla fue el escenario del encuentro de dos fuerzas. El general Félix María Calleja “la mejor espada del virreinato” y su ejército salieron vencedores, pero la hazaña de Morelos, de Matamoros, de los Galeana, los Bravo, de la tropa insurgente y del pueblo, de resistir durante setenta y dos días el asedio de un ejército experimentado, la falta de municiones, la escasez de agua y, sobre todo, el hambre y la peste, les dio fama y prestigio, elevando el ánimo de los partidarios de la Independencia.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

(1834-1893)

**Diario Oficial,
29 de diciembre de 1992**

“La Cámara de Diputados con fundamento en la fracción 1 del artículo 77 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, decreta:

Artículo Único. Inscríbase en letras de oro en el lugar de honor del recinto de la H. Cámara de Diputados el nombre de Ignacio M. Altamirano”.

Nació el 13 de noviembre de 1834 en Tixtla, Gro., hijo de Francisco Altamirano y Gertrudis Basilio, ambos descendientes de indígenas tenochcas. A una edad avanzada de su niñez sólo hablaba el náhuatl, pero cuando su padre fue elegido alcalde de su pueblo, Ignacio M. Altamirano pudo aprender español y aritmética; después fue favorecido como

“Alumno de la Municipalidad” y pudo estudiar en el Instituto Literario de Toluca. En ese instituto fue discípulo de Ignacio Ramírez “El Nigromante”, y tuvo acceso a la biblioteca, de la que llegó a ser encargado, y en la cual le fue posible leer obras de enciclopedistas y juristas liberales, así como de importantes autores clásicos y modernos, adquiriendo una vasta cultura.

En 1852, publicó su primer periódico: “Los Papachos”, lo cual le costó la expulsión del instituto ese mismo año y recorrió el país desempeñándose como maestro. En el Colegio de San Juan de Letrán, de la Ciudad de México terminó sus estudios de filosofía y ahí inició la carrera de derecho, estudios que costeó dando clases de francés en una escuela particular. Interrumpió los estudios en 1854 para acudir al llamado de los revolucionarios de Ayutla a fin de derribar la dictadura de Antonio López de Santa Anna y marchó al sur de Guerrero para afiliarse a las fuerzas de Juan Alvarez. Al triunfo de la Revolución continuó la carrera de jurisprudencia.

En 1857, volvió a estallar la guerra en México y en 1858, cuando los conservadores se hicieron dueños de la capital, Altamirano junto con el grupo de tertulianos que se reunían con él, combinó sus actividades de periodista y conspirador. En 1859 se tituló como abogado y regresó al sur a combatir por la causa liberal, al lado de jefes militares como Vicente Jiménez. Una vez victoriosos los liberales, fue electo

diputado al Congreso de la Unión, donde se reveló como uno de los mejores oradores de su tiempo.

En 1863, durante la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, volvió a tomar las armas, dando muestras de arrojo. El 12 de octubre de 1865, el Presidente Juárez le envió, desde Paso del Norte (Cd. Juárez, Chih.), su nombramiento como coronel del Ejército Republicano. Derrotó al coronel Ortiz de la Peña, jefe de la División Imperialista del Sur; tomó Cuernavaca e Iguala y es memorable su acción, en 1867, en el Cimatarío durante el sitio de Querétaro. Después de la toma de México por el Ejército Republicano, con la cual se consumó el triunfo nacionalista sobre el imperio de Maximiliano, se retiró definitivamente de la vida militar.

Fue en tres periodos diputado al Congreso de la Unión. De su obra como legislador, queda el principio de la instrucción primaria gratuita, laica y obligatoria, por el que se pronunció, en un memorable discurso, el 5 de febrero de 1882 en una aguda anticipación de lo que el Constituyente de 1917 consagraría en su artículo tercero.

Fue procurador general de la República, fiscal, magistrado, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (cargo que, por la forma como estuvo redactada la Constitución de aquella época le confería el de vicepresidente de la República) y oficial mayor del Ministerio de Fomento.

Ignacio Manuel Altamirano es, también, uno de los grandes escritores de la lengua española y, por el contenido y acento nacionalista de su obra, es uno de los fundadores de las letras mexicanas. Cultivó la novela y la poesía, el cuento y el relato, la crítica y la historia, el ensayo y la crónica, la biografía y los estudios bibliográficos. Entre lo más destacado de su producción literaria se encuentra el volumen de poemas *Rimas*, las novelas *Clemencia*, *Una Noche de Julio*, *La Navidad en las Montañas*, *Idilios y Elegías*, *Antonia* y *El Zarco* (esta última publicada póstumamente).

Desde sus años de adolescente, el periodismo fue una de sus trincheras para defender la libertad, la independencia y la democracia. Colaboró en las principales publicaciones de la época y fue cofundador de “*El Correo de México*” (1867) y “*El Renacimiento*”, (1869), “*El Federalista*” (1871), “*La Tribuna*” (1875) y “*La República*” (1880). En “*El Renacimiento*”, realizó una eficaz labor de conciliación, en el campo de la cultura, convirtiendo en colaboradores a los grandes intelectuales de México del último tercio del siglo XIX, tales como Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, Manuel Acuña y Juan de Dios Peza, entre otros. Fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela de Jurisprudencia, en la Escuela de Comercio y la Nacional de Profesores. Su obra educativa alcanzó

altas cimas al fundar el Liceo de Puebla y al figurar como fundador de la Escuela Normal Nacional y luego la puso en marcha en 1887, con planes, programas y organización de los que él se ocupó directamente. Muy justo es por todo esto que la medalla que se entrega a los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza, lleve el nombre de tan ilustre educador.

En una faceta más, la diplomática, Altamirano deja el país en 1889 para ocupar el Consulado General de México en Barcelona y en 1890 el de Francia. En el Congreso de Americanistas, celebrado en Berna, Suiza, en 1891, dio cátedra en francés, sobre antropología mexicana. En un viaje a Italia enfermó y el lunes 13 de febrero de 1893, expiró en San Remo el que fuera llamado por uno de sus biógrafos “pluma y espada de la República”.

Quizá la mejor definición que se ha hecho de él, es la elaborada por los diputados que presentaron la iniciativa de decreto para inscribir su nombre con letras de oro: “Altamirano es de esas inteligencias que se dan cada siglo en cada país”.

AQUILES SERDAN

(1876-1910)

**Diario Oficial,
11 de noviembre de 1932**

**“El Congreso de los Estados Unidos
Mexicanos, decreta:**

**Artículo Unico. Inscríbase con letras de oro en
el Recinto de la Representación Nacional, el
nombre de Aquiles Serdán”.**

Nació en Puebla, Pue., el dos de noviembre de 1876. Hizo sus primeros estudios en el Colegio Anglo-Franco Mexicano. Por ser huérfano de padre, desde muy joven se dedicó al comercio, actividad que lo llevó a relacionarse con los obreros textiles de Puebla y Tlaxcala. Su militancia política se inició en 1908 en el Partido Nacional Democrático y en 1909 se afilió al Partido Nacional Antirreeleccionista.

La casa de la familia Serdán era el centro director de los antirreeleccionistas en Puebla; a ella acudían obreros, estudiantes y habitantes de la ciudad y

poblaciones aledañas, inconformes con el régimen del general Porfirio Díaz. Con los estudiantes, Aquiles hacía un periódico clandestino llamado “La No Reelección”, el cual le permitió realizar una intensa campaña de proselitismo en favor de Francisco I. Madero, a través de la difusión de sus ideas y propósitos.

A causa de sus actividades políticas, en las cuales participaban decididamente sus hermanos Carmen y Máximo, la familia Serdán vivía permanentemente vigilada por la policía local adicta al régimen del Presidente Díaz.

El Partido Nacional Antirreeleccionista creado en la Ciudad de México para sostener las tesis maderistas, con el nombre de “Centro Antirreeleccionista”, promovió la creación de clubes similares en provincia, por lo que en Puebla, Aquiles Serdán presidió la organización partidaria con la fundación del club “Luz y Progreso”.

En abril de 1910 fue delegado a la Convención Nacional de los partidos Antirreeleccionista y Democrático. En dicha convención, ambas agrupaciones lanzaron la candidatura de Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez, para la presidencia y vicepresidencia de la República, respectivamente, para contender en las elecciones de ese año.

Madero realizó como candidato presidencial una gira por el país y Aquiles le preparó en Puebla una

gran recepción. Esto acentuó el clima de persecución en su contra; la policía efectuaba frecuentemente cateos en su casa, los cuales no aportaban nada en contra de los hermanos Serdán. En virtud de ello, la policía infiltró a algunos de sus elementos en las filas antirreeleccionistas, con la instrucción de realizar actividades de espionaje y, en el momento oportuno, dar muerte a Serdán. Cuando éste fue agredido por dos de esos elementos, repelió el ataque y los desarmó, pero fue acusado del robo de las armas y enviado a prisión, donde permaneció por tres meses.

Aquiles Serdán recuperó su libertad en el mes de septiembre, cuando ya se había consumado el fraude electoral que llevó a la presidencia de la República, por última vez, a Porfirio Díaz.

Para entonces, Madero se encontraba refugiado en San Antonio, Texas. Hacia allá se trasladaron los hermanos Carmen y Aquiles Serdán, quien salió de su domicilio oculto en un cajón con etiqueta de "vajilla". En su entrevista con Madero, éste encomendó a los hermanos la organización, en el estado de Puebla, de la lucha armada prevista en el Plan de San Luis Potosí, misma que debería estallar en todo el país el 20 de noviembre de 1910, con el objetivo de derrocar al régimen porfirista.

Aquiles Serdán, con la colaboración de familiares y amigos, se dedicó entonces a elaborar el plan para la insurrección. Máximo Serdán y otros colaboradores que residían en la Ciudad de México, compraron

armas y municiones en la capital de la República y las hicieron llegar a la casa de Serdán en Puebla. La intensa actividad desplegada despertó las sospechas de las autoridades locales. Esto quedó de manifiesto el 17 de noviembre de 1910, ya que el gobernador de Puebla, general Mucio Martínez, al tener conocimiento del inminente estallido de la revolución adoptó, como primera medida, la de ordenar un cateo en la casa de los Serdán. Ellos, oportunamente alertados de la revisión, decidieron anticipar sus planes y lanzarse a la revolución el 18 de noviembre.

Serdán llamó a su lado a unos cuantos hombres, los más decididos y de mayor confianza, procediendo a enviar mensajes a los conjurados en la ciudad para notificarles del cambio de fechas.

De acuerdo al plan trazado para la insurrección, Aquiles Serdán permaneció en su casa y, acompañado por sus hermanos Carmen y Máximo, su madre Carmen Alatraste, su esposa Filomena del Valle y un pequeño grupo de amigos, esperó el cateo.

Alrededor de las ocho de la mañana del día 18 de noviembre, el coronel Miguel Cabrera, jefe de la policía local, acompañado por un grupo de gendarmes, se presentó para llevar a cabo la revisión del domicilio de los Serdán, pero al oponer ellos resistencia, se produjo un tiroteo y Cabrera murió durante el mismo. En virtud de ello, por órdenes del gobernador Martínez, la casa fue inmediatamente sitiada por más de mil elementos, entre policías,

soldados y rurales. En el interior de la casa sólo estaban 16 personas.

Se produjo entonces un violento enfrentamiento que, pese a las desiguales condiciones, se prolongó durante varias horas. Al final, 11 revolucionarios murieron, entre ellos Máximo Serdán, y otros fueron encarcelados. Aquiles Serdán había logrado salvar la vida ocultándose en un pequeño sótano de su casa, donde permaneció por espacio de catorce horas, pero al fin fue descubierto y brutalmente asesinado en el sótano mismo, el 19 de noviembre de 1910.



